La revolución del Cusco de 1814, en la gesta libertaria del Perú[1]

Gral. Brig. (R) Juan Urbano Revilla

Introducción

La revolución del Cusco iniciada en 1814 constituye uno de los sucesos de mayor significación en el derrotero de la independencia nacional del Perú. Esta gesta remeció los cimientos de la estructura virreinal y demostró lo gravitante del eje sur andino como campo de batalla de las aspiraciones de libertad y como destino para la contrarrevolución dirigida desde el centro de poder en Lima.

Este movimiento encabezado por los hermanos José y Vicente Angulo, al cual se unen el cacique indígena Mateo García Pumacahua y otros líderes, se catapulta debido a la política virreinal de opresión y "terror" contra el pueblo, que en el tiempo generó el descontento de las clases medias y bajas, de mestizos, indígenas y criollos, sumado a la toma de conciencia que la situación política no cambiaría a pesar de las reformas liberales de la Constitución de 1812.

En este artículo, se exponen los alcances políticos y militares de la gesta del Cusco, desde donde se organizaron tres expediciones armadas que expandieron la revolución en todo el sur andino del Perú y el Alto Perú, afectando la estabilidad del régimen virreinal. Además, se propone entender que las acciones desarrolladas superan el tipo de rebelión popular, aquel de masas sin planes; por el contrario, el caso del Cusco 1814-1815 constituye un empeño más ambicioso y complejo, donde las masas cuentan con un liderazgo político y militar, participa el clero y otras personas imbuidas del nuevo concepto de ciudadanía impulsado por el breve contexto constitucional. Todo ello, a decir del historiador

[1] El presente artículo ha sido elaborado en base al ensayo de mi autoría: Revolución en los Andes: Cusco y su Impacto Regional (1814-1815), publicación del IV Congreso Internacional de Historia Militar "Bicentenario de la Independencia", Vol. 1, pp. 366-407, 1ª Ed., Buenos Aires: IHMA, 2017. En el texto se emplea el nombre Cusco en uso amplio en el siglo XIX; Cuzco se emplea mayormente a partir de 1973 (ambas formas válidas según la RAE).

Jorge Basadre (1973), implicaba un plan concreto de transformación hasta llegar a un nivel político donde la finalidad, aunque disimulada, es arrebatar el poder (pp. 118-120).

Entonces, se observará la acción del pueblo peruano en la lucha por su libertad, superando un silencio o pasividad popular, opuesto al argumento que la independencia del Perú tuvo que ser "concedida" desde el exterior (Bonilla y Spalding, 1981, p. 71). En ese sentido, el contexto de 1814-1815, presenta uno de los mayores esfuerzos del pueblo como protagonista en el largo camino recorrido para recobrar su independencia, antes del periodo final de 1820-1824.

El escenario a inicios del siglo XIX

En el sur andino del virreinato del Perú aún quedaba fresco el recuerdo de la conspiración de José Gabriel Aguilar y José Manuel Ubalde de 1805 en Cusco. Más aún, se siguió de cerca la debelación de la Junta de la Paz en 1809 y la reincorporación de la Audiencia de Charcas al Virreinato del Perú en 1810 por acción del virrey Abascal ante la insurrección de Buenos Aires. En ese contexto, el Cusco era centro importante de poder de los intereses de la corona. Ello se aprecia cuando tropas compuestas de milicias indígenas mayoritariamente cuzqueñas, bajo banderas realistas y al mando del arequipeño general Manuel José de Goyeneche, derrotan en 1811 en Guaqui a las tropas insurgentes de Juan José Castelli, provenientes del Río de la Plata. Luego, fueron también contingentes cuzqueños, esta vez al mando del general Joaquín de la Pezuela, los que derrotan a los insurgentes rioplatenses en Vilcapuquio y Ayohuma, en 1813.

Entonces, en el Cusco de la época se observan las dos caras de la moneda: por un lado, el poder virreinal fuertemente arraigado para controlar esta importante zona estratégica del país; y por otro, la emergencia de los movimientos de rechazo a ese poder hasta llegar a la revolución. Así, al conocerse la Constitución liberal en diciembre de 1812, su juramentación era "retardada" por la autoridad de la Audiencia, cuya presidencia estaba a cargo del brigadier Mateo Pumacahua, como Gobernador Intendente, de carácter interino.

Si bien se aprecia que quienes defendían la Constitución de 1812, buscaban los cargos edilicios, ello era también un prolegómeno de una exigencia en aumento de los derechos que asistían a los americanos sobre los españoles (Paniagua, 2003, pp. 190-197). Es decir, el anhelo de controlar lo propio, lo que inexorablemente conduciría a conflictos de carácter político y militar.

Se producen entonces los sucesos iniciales que dejan atrás la apariencia de "constitucionalistas" para pasar a los movimientos insurreccionales. El primero, previsto para el 9 de octubre de 1813, con la finalidad de tomar el gobierno, para lo cual se contaría con el apoyo de 600 hombres, entre los soldados de la guarnición realista del Cusco y pobladores; sin embargo, ocurre una delación ante el nuevo Gobernador Intendente brigadier Martín de Concha y Jara; se acusó como jefes del alzamiento a Vicente Angulo, Gabriel Béjar, Juan Carbajal y otros, siendo arrestados y enjuiciados (Tamayo, 1984, pp.349-350).

El segundo movimiento fue planeado para el 5 de noviembre, se congregaría la gente del pueblo simulando el entierro de un niño, para en realidad intentar atacar el cuartel, liberar a los presos y poner las armas en manos de la plebe, con el fin de realizar lo que no pudieron en el intento anterior. Se produce otra delación, y en la noche las fuerzas realistas rodean la plaza de armas del Cusco y se enfrentan con el pueblo que reunido amenazaba el cuartel vociferando "viva la patria", "mueran los cotenses" (europeos). Como resultado del fuego realista, se dio muerte a tres paisanos, que luego fueron declarados mártires de la patria por el cabildo del Cusco, en clara muestra de su postura anti realista. Finalmente, José Angulo, Manuel Hurtado de Mendoza, el vicario José Feijoo y otros, son apresados y recluidos en prisión, en el mismo cuartel que intentaron tomar (Tamayo, 1984, p. 350; CDIP, 1971, Vol. 6, pp. 253-261; CDIP, 1974, Vol. 7, pp. 164-168).

Entonces, era claro que las insurrecciones fallidas mostraban los inicios de un movimiento mayor de carácter antiespañol que germinaba en la búsqueda del cambio de poder, impulsado por el creciente descontento

del pueblo de clase media y baja, de mestizos e indígenas, en la toma de conciencia que la situación política no cambiaría a pesar de las reformas liberales esgrimidas en la Constitución de 1812.

La acción política y el inicio de la revolución

El encierro de los insurrectos, encabezados por los hermanos Angulo, favoreció a sus propósitos, ya que lograron ganar a la causa patriota a la guarnición militar del cuartel destinado como su prisión y con ello disponer de armas. Así, la madrugada del 3 de agosto de 1814 se inició un golpe liderado por José Angulo[2], tomando el cuartel militar, desde donde se envían patrullas para la captura de las autoridades virreinales de la Audiencia, entre ellos al presidente y gobernador brigadier Martín de Concha, y otros peninsulares, confinándolos a prisión. En la mañana, José Angulo se presentó ante el Cabildo Constitucional y la Diputación Provincial para tratar los asuntos de gobierno y autoridad militar de la ciudad. Entonces, estas corporaciones civiles más las eclesiásticas, designaron como comandante general de armas a José Angulo, y por elección nombraron una junta de gobierno, la misma que fuera denominada "Junta Protectora" e integrada por el brigadier Mateo García Pumacahua, el Crl. Luis Astete y el Tte. Crl. Juan Tomás Moscoso (CDIP, 1971, Vol. 6, pp. 56-61 y 206-210; Mendiburu, 1874, T. I, p. 271).

Resulta significativa la participación de Mateo García Pumacahua, antiguo persecutor de Túpac Amaru II, seguidor al absolutismo del rey y opositor inicial a la aplicación de la Constitución de 1812, cuando ocupó la presidencia de la Audiencia del Cusco. El veterano cacique de Chinchero estaba retirado de la actividad pública, asentado en la localidad de Urquillos; y es el nuevo contexto del Cusco, que Pumacahua toma conciencia que él y su pueblo habían sido utilizados por los españoles sin recibir nada a cambio, por lo que, ante el pedido de la causa patriota, decidió sumarse a la revolución liderada por los Angulo (Rey de Castro, 2008, pp. 224-225).

2 José Angulo, líder de la revolución, era capitán del Regimiento de Abancay.

El cacique Pumacahua era un nato hombre de guerra que, fiel a su espíritu guerrero y servidor público, asume nuevamente un mando militar para salir al combate, esta vez al frente de los rebeldes (Glave, 2013, pp. 346-349). Con su incorporación, el movimiento se vuelve temible para los realistas quienes lo calificaban como un feroz jefe militar, con sumo ascendiente en los indios, "tanto que era conocido con el nombre de Inga"; asimismo, su gente participaba activamente en la propagación de las nuevas ideas a las provincias limítrofes (CDIP, 1971, Vol. 6, pp. 262-263), y, sobre todo, aportaba la masa constituida por la fuerza militar indígena.

Por su parte, José Angulo inicia sus acciones políticas con una aparente fidelidad al rey cautivo Fernando VII, sin embargo, esta era una careta que tenía el propósito de retardar cualquier represalia del régimen virreinal, así como servía para efectuar un tránsito ideológico progresivo en la conciencia de los pueblos, y, sobre todo, le permitía ganar tiempo para robustecer la revolución, hacer preparativos de defensa y propagarla en otras provincias. Entonces, José Angulo se dirige al Virrey Abascal y a los gobernadores de las provincias cercanas de Puno, La Paz y Arequipa comunicándoles la nueva situación del Cusco.

Así, Angulo envía un oficio al Virrey Abascal, fechado el 13 de agosto de 1814, donde le refiere que el pueblo y la fuerza armada deben obediencia a las autoridades rectas y magistrados justos, que en el Cusco no hay este convencimiento, derivando en la repulsa del pueblo, como indicó:

> [...] la aversión a los gobernantes por sus multiplicadas arbitrariedades e injusticias se había propagado desde los primeros ciudadanos hasta la ínfima plebe, la cual estaba también quejosa por los frecuentes denuestos y vejámenes con que era insultada diariamente por varios europeos españoles en los portales y plazas públicas [...] (Mendiburu, 1874, T.I, p. 274).

El 16 de agosto de 1814 José Angulo emite un Manifiesto al pueblo del Cusco, afirmando las acciones políticas adoptadas debido al despotismo

que regía en esa provincia, por lo que en los sucesos del 3 de agosto fue proclamado comandante general, distinguiendo la revolución política que llevó a cabo "sin derramar una gota de sangre" y sin mayor anarquía, refiriendo también una aparente fidelidad a la regencia realista; pero haciendo mención del "remedio de la sublevación" en circunstancias como las del Cusco, y llamando a la defensa de la provincia, como manifestó:

> Don José Angulo, Brigadier de los Ejércitos Nacionales, Comandante General de las Armas de la Provincia del Cusco, Proclamado por el Pueblo y confirmado por las Corporaciones Eclesiásticas Civiles de la Metrópoli del Perú [...]
>
> [...] Estas quejas de la América tienen trescientos años de antigüedad [...] mi objeto no es otro que proponer la felicidad general, y afianzar eficazmente la seguridad y prosperidad, [...] y que se hallan enteramente hollados por los déspotas y por los tiranos [...]
>
> [...] pues que si algunas de esas personas, [...] osasen tomar armas contra esta provincia y ciudad, entonces en cumplimiento de las leyes, y con conformidad al derecho natural y de gentes, que hacen legitimas todas las guerras provocadas por una injusta agresión, haré el uso conveniente de toda la fuerza armada que me ha encomendado la divina providencia, y del valor de los cuzqueños que tantas veces se han coronado de gloria en los campos de batalla. Cuartel General del Cusco y Agosto 16 de 1814. José Angulo. (CDIP, 1971, Vol.6, pp. 211-215).

El Virrey Abascal, en su intento de intimidar el apoyo a la revolución iniciada en el Cusco, el 20 de agosto dirige una proclama amenazante a los habitantes de la provincia, y jactándose de la fuerza militar de la península y la propia en la capital, les notifica lo siguiente:

> [...] me ponen en la situación de trataros como enemigos, mientras no depongáis las armas y volváis a vuestro justo deber. Las tropas que van a salir de esta capital, y las que se aprestan en las provincias vecinas a vosotros llevan la orden de trataros con toda consideración y fraternal humanidad, si así lo hiciereis; y

> con todo el rigor de la guerra, si os obstináis en seguir el detestable partido que habéis tomado. Lima, 20 de agosto de 1814. El Marqués de la Concordia. (CDIP, 1974, Vol. 7, pp. 324-325)

Las amenazas del virrey, lejos de amedrentar a los adeptos de la revolución, levantó el fervor popular y el recuerdo de los hombres de las primeras luces libertarias del Cusco. Ello se aprecia en la respuesta del 17 de setiembre al Virrey de Lima, formulada en un mensaje ciudadano:

> [...] allí la sangre humeante del justo Aguilar y el inocente Ubalde [...] Si, Marqués de la discordia española; vuestra moral son todos los vicios, y vuestra política la mentira de vuestros bandos, [...]
>
> [...] nuestra causa es justa por íntimo convencimiento, y la vuestra el capricho, y el rigor del despotismo: si nos tocase morir, será gloriosa nuestra muerte, y lograremos el galardón en los campos elíseos [...] nuestra sangre regará el mejor fruto de libertad para los americanos, y para vosotros la total desolación [...]
>
> Nosotros no vivimos sino establecemos nuestra libertad: ya se acabó la infamia de nuestra esclavitud. Si virrey: poneos en razón, y restituid el derecho que usurpáis al limeño, y provincias limítrofes, entonces cerrando toda herida, os daremos patria, para vuestro domicilio, ley para vuestra seguridad y medios para vuestra capaz subsistencia. La imperial ciudad del Cusco, Setiembre 17 de 1814. (CDIP, 1971, Vol. 6, pp. 216-220)

El nuevo gobierno del Cusco intenta consolidarse y busca establecer contactos con las Provincias del Río de La Plata que puedan servir a la causa de la revolución. En ese propósito, con fecha 20 de octubre de 1814, el gobierno cuzqueño otorga poderes a los sacerdotes Francisco Carrascón y Juan Gualberto Mendieta, nombrándolos emisarios plenipotenciarios para hacer "tratados de pacificación y unión con las provincias del Río de La Plata, o ejércitos y sus generales" (CDIP, 1974,

[3] Asimismo, Vicente Angulo y Agustín Cosío y Alzamora, desde Arequipa otorgaron poderes a los doctores Jacinto Ferrandiz y Carlos Jara, con el mismo propósito.

Vol.7, pp. 347-349 y 385-386), aunque no lograron concretar las comisiones encomendadas[3].

Entonces, José Angulo se dirige al Virrey Abascal en carta del 28 de octubre de 1814, donde analizó la situación de la guerra a nivel continental, apreciando que la toma de Montevideo otorga el dominio naval a los insurgentes del Río de La Plata y vaticina la pérdida del virreinato del Perú por parte de la corona. El líder patriota lo indica así:

> Dentro de breve V.E. mismo y esa capital verán al enemigo con una escuadra y gente de desembarco que traerá la guerra sobre el propio territorio [...] aunque V.E. sojuzgue con sus armas esta provincia, me borre con otros millares de la lista de los vivos, y haga llover sobre estos pueblos desolados rayos y tempestades, no conservará V.E. el Perú [...] Cuartel General del Cusco, 28 de octubre de 1814. José Angulo. (CDIP, 1974, Vol.7, pp. 356-361)

En el Río de La Plata, la revolución del Cusco fue recibida con entusiasmo. Manuel Belgrano lo comunicó a José Angulo en carta del 30 de octubre de 1814, llamándolo "compatriota", lo felicita por la "grandeza" del 3 de agosto, haciendo votos por la "causa común" y unión de fuerzas en ofensiva hacia la capital virreinal y llevar sus banderas a "tremolar sobre las baterías del Callao" (CDIP, 1974, Vol.7, pp. 362).

Si bien los intentos de unidad regional con el sector rioplatense no se concretaron, en las comunicaciones emitidas resalta el concepto que se comienza a idear un nuevo país denominado "imperio del Perú" con capital en el Cusco (Sobrevilla, 2013, p. 10); es decir, no existe aún el proyecto de república, pero ya se va forjando el anhelo de un país diferente al virreinato. Además, el gobierno del Cusco intenta establecer conexiones en Lima, con personas influyentes como el Conde la Vega del Ren, para acercarse al poder central y ganar apoyo capitalino (Basadre, 1973, p. 133). Por su lado, desde Arequipa el brigadier Pumacahua exhorta al subdelegado del partido de Tacna a plegarse al movimiento revolucionario, al ser esta una zona importante con disponibilidad de puerto (CDIP, 1974, Vol.7, pp. 381-382). Con ello,

se buscaba asegurar el control de las zonas estratégicas del sur y fortalecer el movimiento al interior del país.

Para el afianzamiento interno del gobierno, en ceremonial del diciembre de 1814, el Ayuntamiento constitucional y las corporaciones del Cusco, reconocen al "Exmo. Sor. D. José Angulo por Capitán General de Exercito y de Provincia" y le otorgan un "Bastón con cadena" (CDIP, 1971, Vol.6, pp. 95-96; Mendiburu, 1885, T. I, p. 273), como símbolo de mando. Es decir, el líder Angulo asumía la mayor jerarquía militar de la época, donde antes, sólo al virrey se le asignaba el grado militar de Capitán General; por tanto, en la coyuntura revolucionaria de guerra, José Angulo se consideraba en el mismo nivel militar que la máxima autoridad virreinal.

En el mismo sentido, el 8 de febrero de 1815, se reúne el Cabildo para establecer el "Juramento de Fidelidad a la Patria" que debían prestar todas las corporaciones eclesiásticas y civiles, las corporaciones regulares, los colegios, universidades y todo el pueblo. En esta ocasión ya no se nombró al Rey; por tanto, el movimiento devela su propósito de autonomía y carácter separatista.

Más aún, la importante Intendencia del Cusco, que antes proporcionaba los suministros logísticos y hombres para las campañas militares de las fuerzas realistas del Ejército del Alto Perú, ahora estaba en manos de los patriotas (Tamayo, 1984, p. 351); con ello, solo quedaba hacer frente al Virrey Abascal quien disponía sus acciones por recuperar la retaguardia realista en los Andes, un contexto que sólo era posible sostener por la fuerza de las armas.

La acción militar y la expansión de la revolución en los andes

Guerra en el sur andino

La estrategia militar del movimiento revolucionario consistió, por un lado, en fortalecerse en el Alto Perú para tomar la retaguardia realista y aislar las fuerzas virreinales allí concentradas; simultáneamente, con otras fuerzas patriotas, contener el poder de Lima y el envío de

refuerzos, tomando control de la ruta terrestre Huancavelica-Cusco, más el valle del Mantaro. Además, dominar el bastión realista de Arequipa y sus puertos de Chala e Islay, donde podían llegar auxilios por mar. En estos propósitos se acompañaría la premisa invariable de sublevación de los pueblos (Tamayo, 1984, p. 361).

La campaña militar de esta estrategia debía desarrollarse en cuatro fases. Primero, realizar acciones simultáneas: en Cusco con los hermanos Angulo; en Lima con el Conde la Vega del Ren, quien al frente de milicias tomaría el palacio del virrey, lo que se frustró, siendo hecho prisionero; y en el interior del ejército realista del Alto Perú, el coronel Saturnino Castro, debía sublevar a las tropas cuzqueñas, fracasó, siendo ejecutado. Segundo, emprender las expediciones militares a Huamanga, Puno - La Paz y Arequipa, para tomar estas ciudades. Tercero, se combatiría al ejército realista del brigadier Pezuela en el Alto Perú en coordinación con las fuerzas porteñas del general José Rondeau que amagaba en dicho sector. Cuarto, visaba marchar sobre Lima para enfrentar directamente a las fuerzas del Virrey Abascal (Guillén y Sánchez, 2001, p. 88). Esta era una campaña de gran amplitud que demandaba un enorme esfuerzo militar en personal y medios.

Se organizaron tres expediciones militares que desde el Cusco partieron hacia las provincias del sur andino y el Alto Perú, quebrando la estabilidad del régimen colonial. Una, se emprendió hacia el sector Puno-La Paz, al mando de José Pinelo e Ildefonso de las Muñecas; otra, se dirigió a la zona de Huamanga, al mando de José G. Béjar, Mariano Angulo y Hurtado de Mendoza; y la última, se destinó a la provincia de Arequipa, al mando del brigadier Mateo G. Pumacahua y Vicente Angulo. La mayoría de estos jefes eran militares que habían participado en las campañas del Alto Perú. Este despliegue de fuerzas configuró un teatro de operaciones de guerra en el sur andino, abarcando casi la mitad del territorio virreinal del Perú, con el objetivo de expandir la revolución a las principales ciudades andinas y acercarse a Lima con ventaja para imponer condiciones.

El "Ejército Nacionalista" del Perú

Con la revolución del Cusco, se estructura también lo que se podrían denominar el "ejército nacionalista" del Perú, con una debida estructura jerárquica interna y compuesto por criollos, mestizos, curacas e indígenas, con experiencia de guerra. De inicial base "criolla y urbana", con la incorporación del cacique Pumacahua suma la masa indígena, fortaleciendo el número de la fuerza militar y convirtiéndose en el elemento importante de las acciones militares.

La mayor tarea inicial fue elevar el nivel de la fuerza con personal entrenado y armamento para estar en condiciones de batirse con las experimentadas tropas realistas del Alto Perú. Con esa finalidad, se incorporaron a las unidades patriotas los soldados desertores del ejército realista, así como oficiales licenciados y juramentados en Salta el año anterior; además, las tropas provenían de las milicias disciplinadas y recibían instrucción, igual que los voluntarios que conformaban las unidades irregulares. El armamento provino de la limitada cantidad de fusiles disponibles de las guarniciones del Cusco, más escopetas, pólvora y armas de pequeño calibre; asimismo, hubo de fundir en forma empírica cañones hechizos llamados "viborones", que les dio cierto poder artillero. Por su parte, las milicias campesinas tenían armas precarias y poco entrenamiento, constituyendo la masa de las fuerzas patriotas (Tamayo, 1984, p. 358). Fue el primero en adoptar el modelo de ejército europeo, empleando las tácticas de guerra de la época, combinada con procedimientos de combate andino.

Una muestra de los aprestos militares se aprecia en las disposiciones emitidas por el capitán general José Angulo al brigadier Gabriel José de Béjar, para la instrucción militar y económica del "ejército auxiliar" patriota que en octubre de 1814 alcanzó la provincia de Huamanga, según se indica:

> 4. Se disciplinarán las Tropas detenidamente, y con asistencia de la Oficialidad tres horas por la mañana y dos horas y media por la tarde a lo menos.

5. Se hará observar la Ordenanza Militar estricta y rigurosamente sin excepción alguna castigando a los insubordinados según las leyes penales.

6. Se establecerá una hora de Academia por las noches de Oficiales, y otra de Sargentos y Cabos, sin perjuicio de las Patrullas y rondas, y sin que se permita el merodeo, o libertinaje de la Tropa.

Comandancia General del Cusco, 11 de Octubre de 1814. José Angulo. (CDIP, 1971, Vol.6, pp. 275-276)

Este primer ejército nacional empleó como símbolo de la causa patriota, banderas de color azul y blanco, además que las fuerzas fueron puestas bajo la protección cristiana de la Virgen de las Mercedes, como su patrona, y también utilizó símbolos patrios de tradición incaica, adoptando la "mascaipacha" como emblema del Perú (Tamayo 1984, p. 357; CDIP. 1974, Vol. 8, pp. 246-247)[4]; con ello, las tropas en combate siguieron la conjunción de las usanzas occidentales y sus raíces incaicas, una revolución propia.

En el balance militar final, la precariedad de las fuerzas patriotas, así como su dispersión en las expediciones militares, fue determinante en el resultado de los enfrentamientos contra las fuerzas realistas mejor equipadas y entrenadas, como se aprecia a continuación:

Expedición a Puno - La Paz

A solo unos días de efectuado el golpe revolucionario del Cusco del 3 de agosto de 1814, se iniciaron las operaciones militares a mayor escala y el 17 de ese mes parte la primera expedición al mando del sargento mayor arequipeño José Pinelo[5] y del cura tucumano Ildefonso de las Muñecas, con dirección al eje andino Puno - La Paz, para tomar esta

[4] El 27 de setiembre de 1814, la Virgen de las Mercedes sale en procesión en apoyo a los ejércitos patriotas. En 1823 el Congreso la declara Patrona de las Armas Nacionales y en 1921 fue coronada y recibió el título de Gran Mariscala del Perú. Actualmente es Patrona de las Fuerzas Armadas del Perú.

[5] José Pinelo era sargento primero del Regimiento del Cusco, habiendo combatido bajo las órdenes de las fuerzas realistas del mariscal Francisco Picoaga, en las campañas del Alto Perú.

última ciudad con el objetivo de controlar la retaguardia realista y aislar en la zona a las fuerzas del general Joaquín de la Pezuela acantonadas en el Alto Perú, a fin de volverlo vulnerable a ser atacado por dos frentes: por el norte con las fuerzas patriotas del Cusco y por el sur con las fuerzas rioplatenses del general José Rondeau.

En el tránsito del altiplano peruano, se recibió importantes refuerzos de las milicias rurales de Azángaro y Carabaya hasta llegar a Puno donde la guarnición local con 700 hombres se sublevó pronunciándose a favor de los patriotas, ante lo cual el gobernador Intendente de Puno Manuel Quimper se marcha hacia Arequipa. El día 29 de agosto, Pinelo y Muñecas toman Puno sin combatir (Guillén y Sánchez, 2001, p. 89).

Las contingentes patriotas se robustecen y continúan su progresión, atacando La Paz el 24 de setiembre con una fuerza de 500 fusileros y 8 piezas de artillería, más el apoyo de una multitud de voluntarios armados de hondas, palos y macanas, procedentes de las milicias de Olasuyos y Larecaja. Como resultado, cae la guarnición realista al mando del gobernador Intendente marqués de Valde Hoyos y ocupan la ciudad de La Paz. Los oficiales y autoridades virreinales son apresados (Guillén y Sánchez, 2001, p. 89); luego se desarrollan cruentas acciones donde sucumben presos y población peninsular.

Por su parte, el ejército realista del Alto Perú, se encontraba en sus guarniciones de Suipacha y Santiago de Cotagaita al mando del general Pezuela, desde donde se contenían los avances del ejército rioplatense del general José Rondeau. Cabe precisar, que las tropas de Pezuela eran mayoritariamente cuzqueñas y actuaban a favor de la causa peninsular, situación compleja, cuya explicación se hallaría en el elevado grado de disciplina de los soldados andinos, a los implacables reclutamientos y a las reacciones realistas contra desertores, entre otros.

En tanto, Pezuela en arriesgada decisión opta por dividir sus fuerzas de aproximadamente 3,000 hombres, destacando un contingente de 1,200 efectivos al mando del aguerrido general Juan Ramírez para enfrentar a los revolucionarios del Cusco; simultáneamente entraba en negociaciones con Rondeau, solo para ganar tiempo en ese sector.

Situación que no fue aprovechada por el jefe rioplatense que sumaba aproximadamente 4,000 hombres en armas (Tamayo, 1984, p. 364).

El 2 de noviembre se produce la batalla de Chacaltaya, donde las experimentadas tropas del general Ramírez, con mejor entrenamiento y armamento, derrotan a las fuerzas patriotas de Pinelo y de las Muñecas. Con el triunfo de Ramírez, Pezuela se libró el riesgo de quedar entre dos fuegos en el Alto Perú, quedando en condiciones de contrarrestar el avance de los rioplatenses; además, cambió la situación estratégica, ya que ahora Ramírez amenazaba la retaguardia patriota de las fuerzas de Vicente Angulo y Pumacahua, en operaciones en Arequipa (Guillén y Sánchez, 2001, p. 89).

Las pocas tropas que quedaban a Pinelo se repliegan al Desaguadero, donde nuevamente son derrotadas. Por su parte, el cura Muñecas se dirigió a la zona de los yungas del Alto Perú, donde organiza guerrillas que siguen luchando por un tiempo contra los realistas, y además decretó la abolición del tributo indígena (Walker, 1999, p. 132); finalmente este clérigo y jefe militar es capturado y asesinado por los realistas en mayo de 1816.

Expedición a Huamanga

El 25 de agosto de 1814 se emprendió la segunda expedición, hacia la sierra central, al mando del nombrado brigadier cuzqueño José Gabriel Béjar[6], el mayor Mariano Angulo y el capitán santafesino Manuel Hurtado de Mendoza. Esta fuerza contaba con efectivos reducidos de 300 fusileros, 4 cañones, un destacamento de caballería formado por los "morochucos" y una milicia de voluntarios. Además, contaba entre sus filas con los capellanes Francisco López y Vicente Centeno.

Llegaron a Huamanga y la ocuparon sin mayor resistencia el 20 de setiembre de 1814, recibiendo el apoyo de la población, en general enemiga de los realistas. Más aun, muchos de los pobladores

6 José Gabriel Béjar era capitán del ejército realista, al sumarse a la revolución recibe el grado de brigadier.

huamanguinos, se sumaron a las filas patriotas, así como los milicianos realistas de Huancavelica, que se habían insurreccionado a favor de los patriotas. Con este avance, tomaron control del antiguo camino inca, impidiendo auxilios realistas por dicha ruta, además de aproximar amenazadoramente la insurrección hacia la capital.

Ante el avance de los alzados, el Virrey Abascal envía 120 hombres del batallón Talavera, conocido por su capacidad militar y la crueldad de sus soldados, así como otro grupo del batallón Concordia, con 4 piezas de artillería y municiones. Este contingente realista, al mando del teniente coronel Vicente Gonzales, parte hacia Huancavelica donde se refuerza con 100 milicianos realistas y luego progresa hacia Huanta, donde suma 500 hombres de las milicias realistas huantinas, procedentes de una zona de arraigo español (Tamayo, 1984, p. 366).

En Huanta, las tropas de Vicente Gonzales se atrincheraron en la ciudad y los patriotas atacaron el 1 de octubre de 1814, desencadenándose una sangrienta batalla de siete horas de lucha, que terminó favorable a los realistas por su mayor capacidad militar y experiencia de sus tropas, con un saldo de más de 600 bajas patriotas. Luego, Gonzales avanzó hacia Huamanga y la tomó bajo su control, superando las resistencias patriotas de la ciudad. Por su parte, José Gabriel Béjar con sus tropas restantes se replegó hacia a Andahuaylas para reorganizarse.

Luego, considerando que las fuerzas patriotas estaban reconstituidas, el valeroso jefe militar Béjar y Hurtado de Mendoza, deciden marchar sobre Huamanga con 350 fusileros, 4 piezas de artillería y masas de voluntarios con hondas, lanzas y rejones. Entonces, conocedor el jefe realista González de la calidad de sus tropas, sale al encuentro de los patriotas y el 27 de enero de 1815, en las alturas de Matará, se produce la batalla donde las fuerzas realistas de Gonzales emprenden un ataque frontal y derrotan a los patriotas, causándole centenares de víctimas (Tamayo, 1984, p. 367).

Las tropas de Béjar, Mariano Angulo y Hurtado de Mendoza, nuevamente se repliegan a Andahuaylas y despliegan guerrillas contra los realistas. El 18 de febrero de 1815, una avanzada patriota

compuesta de 70 fusileros, jinetes y 400 honderos, ocupan las alturas de Rucumachay, Hatuntocto y Hatunguana, desde donde se enfrentan a las tropas del teniente coronel Vicente Gonzales, con un resultado de 250 muertos y 80 heridos; previamente, el mismo Gonzales con 240 de sus hombres había reducido a cenizas el pueblo de Chiara, por su resistencia patriota (García Camba, 1846, p. 144). Triste recordación de este militar realista que el historiador Mendiburu (1887) señalara como "hombre sanguinario e inolvidable por los hechos atroces que cometió en aquel teatro de lamentables desgracias" (T. VII, p. 32).

En dichas circunstancias, el 24 de marzo de 1815, se conoció la toma del Cusco por el general realista Juan Ramírez, generando el desconcierto entre las fuerzas patriotas y el riesgo de quedar entre dos fuegos. Se suma un motín en las fuerzas patriotas a cargo de José Manuel Romano "Pucatoro", que llevándose un contingente numeroso se pasó a las filas realistas y dio muerte al líder patriota Hurtado de Mendoza. Con ello se puso fin a esta expedición luego de siete meses de tenaz enfrentamiento con las fuerzas realistas (García Camba, 1846, p. 368).

Expedición a Arequipa

En el mes de octubre de 1814 parte la tercera expedición, con destino a la importante región de Arequipa. Al mando de esta se encontraban los principales líderes militares, el brigadier Mateo García Pumacahua y el general Vicente Angulo[7], constituyendo la fuerza principal y mejor equipada con 500 fusileros, mas 37 piezas de artillería llamadas "viborones" y cerca de 5,000 voluntarios armados de lanzas, hondas y macanas. Se contó también con clérigos en las funciones de capellanes, asesores y encargados de economía. Su objetivo consistía en tomar la estratégica ciudad de Arequipa y el control de la ruta del mar.

Las tropas patriotas avanzaron sin dificultades hasta acercarse a la ciudad de Arequipa. En tanto, en dicha localidad se habían recibido valiosos refuerzos realistas por parte de Abascal, consistentes en 100

7 Vicente Angulo era teniente de caballería del ejército realista, con la revolución recibe el grado de general.

soldados veteranos del Regimiento Real de Lima, 500 fusiles y lanzas, más abundante munición. Con dichos medios, los líderes realistas de Arequipa, el mariscal de campo cuzqueño Francisco Picoaga, el brigadier Pio Tristán y el intendente José Gabriel Moscoso, reúnen una fuerza de 2,000 hombres y salen al encuentro de los patriotas en la pampa de la Apacheta. Allí se desarrolló la batalla del 10 de noviembre de 1814 que culminó en la brillante victoria de Pumacahua y Vicente Angulo, siendo totalmente derrotadas las tropas realistas y hechos prisioneros sus jefes Picoaga y Moscoso (García Camba, 1846, p. 369).

Así, las rudas tropas revolucionarias de Pumacahua y Vicente Angulo hacen su ingreso triunfal a Arequipa recibiendo la aclamación del pueblo, en ciudad de arraigo realista. Más aún, allí se unen muchos patriotas arequipeños; incluso, antes de la entrada de las fuerzas vencedoras, Mariano Melgar se sumó a la causa patriota como Auditor de Guerra. Afirma Jorge Basadre (1973), que ese es un hermoso símbolo de la guerra y recuerda también que Melgar en sus poesías escribe una "Marcha patriótica" donde incluye frases como "gritar que la Patria viva" y el "triunfo de nuestra nación". Es más, en una fábula el poeta refiere que "se unan los blancos, los negros y los manchados para obtener la libertad", con lo cual Melgar expone su visión integral del Perú (p. 132-133).

Entonces, se estableció una Junta Gubernativa en Arequipa, compuesta por Agustín Cosío y Alzamora y José María Corvacho; y de otro lado, las aledañas provincias de Chuquibamba y Aplao se declararon a favor de los patriotas del Cusco. Con ello, el movimiento se robustece y demuestra sus verdaderos propósitos separatistas.

En una evidente declaración de independencia, la Junta de Gobierno y el Cabildo de Arequipa emiten una Proclama al pueblo arequipeño, donde se evoca devotamente a "la Patria", y se anuncia que es el primer año de la nueva era de libertad del Perú: "La sagrada causa de la patria va portentosamente subiendo a la cumbre, y ya está suficientemente explicada la voluntad del Altísimo que la protege [...] Arequipa, 04 de diciembre de 1814, año primero de la libertad peruana" (CDIP, 1974, Vol. 7, pp. 386-387).

Sobre este movimiento esgrime Basadre (1973) que su objetivo oculto no era la restauración de los Incas sino la formación de un nuevo Estado, en el nombre de "la Patria" y separado de lo español; refiere que al tomar la importante plaza de Arequipa y buscando acechar al centro de poder del virreinato, sus líderes Vicente Angulo y Pumacahua, obligan al Cabildo se dirija al Virrey Abascal para que reconozca el triunfo de la revolución y acabe la "guerra civil", intentando conectarse sin éxito en Lima con el Conde de la Vega del Ren, en búsqueda del apoyo capitalino (pp. 132-133).

No obstante, el triunfo de la batalla de La Apacheta, la situación estratégica de la revolución cambió, en vista que el general realista Ramírez dominaba el Altiplano y podía aislar del Cusco a las fuerzas de Pumacahua y Vicente Angulo; ante tal riesgo, las fuerzas patriotas evacuan la ciudad de Arequipa para dirigirse a una mejor posición en el Altiplano con el propósito de defender el Cusco.

Entretanto, las tropas realistas del general Ramírez, luego de su victoria en la batalla de Chacaltaya se aproximan desde el Altiplano hacia Arequipa, llegando a esta ciudad el 9 de diciembre de 1814, donde restituyen la autoridad real, contando con la colaboración de personajes locales fidelistas que se amoldaban a la situación. Acantonado en Arequipa, Ramírez reorganiza sus tropas y aprovecha para revitalizar las energías de su personal, a la vez que desarrolla una campaña de represión contra los patriotas arequipeños, lo que origina una reacción en el Cusco, donde José Angulo decide la ejecución de los prisioneros: el mariscal Picoaga y el Intendente Moscoso, por su contumacia al servicio del rey (Tamayo, 1984, p. 371).

Umachiri, la batalla decisiva

En febrero de 1815, las renovadas tropas del general Ramírez salen de Arequipa en búsqueda del combate con las tropas de Pumacahua y Vicente Angulo.

Al conocer este despliegue, Pumacahua emite una comunicación al general Ramírez conminándolo a desistir de sus propósitos

contrarrevolucionarios y a rendir sus armas, ofreciendo perdón y magnanimidad, "a caer en las garras de Pumacahua, que es león en la lengua castellana"; es más, vaticina que aun ante la caída de su ejército, habrá quienes en la posteridad acudirán a la "justa causa de la patria"; finalmente, pide con entereza definir el campo de la batalla para el enfrentamiento por librar. He aquí parte la misiva de Pumacahua:

> [...] tuve por conveniente el conducirme a este punto con mi ejército invencible, sin más objetivo en mancomún, que el de vencer o morir que es lo natural, y son las palabras de las que no desistiré de ninguna manera, a fe de Pumacahua.
>
> [...] si no reclama con tiempo por el perdón general que le prometo bajo mi palabra de honor a caer en las garras de Pumacahua, que es león en la lengua castellana.
>
> Si yo tocase de este último extremo como parte de mi aguerrido ejército patriótico tenga por cierto que aún hay quien devengue nuestra sangre en la posteridad [...]
>
> Dígame con verdad el día y la hora en que nos debemos ver, y señale el campo en el que defina la cuestión, pues a ello soy venido.
>
> Campo de Colaparque y Marzo 6 de 1815. Matheo García Pumacahua. (CDIP, 1974, Vol. 7, pp. 474-477)

En respuesta a lo que consideraba una arrogancia del cacique patriota, el general Ramírez emite a su vez sus envanecidas palabras: "Son ustedes muy viles e indecentes para que un general del Reino pierda el tiempo en contestaciones indebidas e indecorosas. Mis bayonetas humillarán la altivez que a ustedes anima. Cuartel general de Pucará, 7 de marzo de 1815" (CDIP, 1974, Vol. 7, p. 477).

El 11 de marzo de 1815, en la pampa del altiplano de Umachiri se libraría la batalla decisiva para los destinos de la independencia. En dicho campo, Pumacahua y Vicente Angulo habían logrado reunir unos 12,000 hombres, con 40 cañones de artillería y caballería. Al frente se

encontraba el astuto general Ramírez, quien contaba con sus mejores cuadros, rigurosamente entrenados, equipados con esmero y con las experiencias del combate librado contra las fuerzas del Rio de la Plata que por cinco años fueron rechazadas en el Alto Perú, llegando a reunir unos 1,800 soldados realistas, en su mayoría fogueados cuzqueños, a los que se sumaron unas dos centenas de los feroces "talaverinos". Ambas fuerzas quedaron separadas solo por el río Llalli.

Hábilmente el general Ramírez evita el envolvimiento que iniciaban los patriotas y sus hostigamientos de artillería, reduciendo a la vez su desventaja numérica al emprender una sorprendente acción ofensiva, logrando que las fuerzas realistas crucen el río Llalli, con el agua hasta el cuello, pero protegidas por su artillería. Alcanzada la otra orilla, aunque ahogados varios hombres, rápidamente se reorganizan y continúan con enérgico ataque a las posiciones patriotas cuyos hombres defendían con poco más de 800 fusiles y en su mayoría con hondas, palos y macanas, siendo estos finalmente sobrepasados en catastrófica derrota (García Camba, 1846, pp. 371-372).

La sangre de los patriotas selló en Umachiri su ofrenda por la libertad. En el mismo terreno, sin juicio alguno, el general Ramírez hizo fusilar a Mariano Melgar, al cacique de Umachiri, al coronel Dianderas y a otros jefes y oficiales, con especial encono a los que antes habían servido al rey. Era Ramírez uno de los jefes realistas más temibles entre los enemigos de la independencia americana, además de su astucia y cualidades militares era "sanguinario, rencoroso y cruel" (Mendiburu, 1887, T. VII, p. 42). Los soldados patriotas declaraban que ante ese jefe no cabía ni la rendición ya que "Ramírez no perdonaba a nadie la vida" (CDIP, 1974, Vol.8, p. 145). El campo de batalla acabó convertido en una carnicería, regado del sacrificio de los campesinos voluntarios en esa contienda.

Unos días después Pumacahua es capturado, siendo sometido a un burdo "juicio sumario", del cual, el 17 de marzo de 1815 es ahorcado en Sicuani, "a presencia de los naturales que con toda su vehemencia le amaban" (Walker, 1999, p. 132); y corriendo la misma suerte que Túpac

Amaru, su cabeza es llevada al Cusco y un brazo a Arequipa, sus restos incinerados.

Luego, el 25 de marzo de 1815 el general Ramírez entra triunfante al Cusco, y ante el abatimiento de los propósitos patrióticos, los hermanos Angulo, José Gabriel Béjar, el escribano Agustín Chacón y otros líderes cusqueños son capturados y pasados por las armas. De allí, Ramírez remitió al virrey Abascal la casaca bordada y banda que como capitán general usara el patriota José Angulo:

> Remito a V.E. el magnífico uniforme del mencionado José Angulo con las insignias de capitán que usaba, y el estandarte que se tomó en la expresada acción para que se sirva V.E. mandarlo colocar en la iglesia de Santa Rosa, por la circunstancia de haber adquirido las armas del Rey, una victoria tan interesante y completa en los campos que tienen su glorioso nombre. Cuartel general del Cusco, 3 de Abril de 1815. Juan Ramírez. (Mendiburu 1885: T. I, 273)

La revolución había sido sofocada. No obstante, continuó la resistencia y lucha por la libertad en los pueblos de Puno, como Carabaya, Azángaro, Huancané y otros. El 26 de mayo de 1815, en las alturas de Paucarcolla, fuerzas patriotas encabezadas por Francisco Monroy, Vicente Carreri y Jorge Carrión son batidas por los contingentes realistas del coronel Francisco de Paula Gonzales, gobernador Intendente de Puno. Como resultado, los caudillos patriotas son ejecutados y expuestas sus cabezas para atemorizar a los pueblos sublevados.

Luego, el 5 de junio de 1815 las tropas del gobernador realista Gonzales atacan Azángaro haciendo frente a unos 3,000 rebeldes armados de palos, hondas y unas bocas de fuego, dejando el campo cubierto de más de 250 cadáveres de los patriotas y 180 prisioneros, que después fueron "quintados", es decir fusilados por sorteo uno de cada cinco prisioneros. Sin embargo, aquel cruel método de ejecución amenguó a los pueblos patriotas, que se volvieron a agrupar en la localidad de Asillo, para enfrentar a los realistas (Tamayo, 1984, pp. 373-374). Sobre

estas actitudes del pueblo y el "quinteo" realista, refiere el coronel español García Camba en sus memorias:

> Volvieron a reunirse los tenaces indios en el pueblo de Asillo, no muy distante del de Azángaro, donde tenían construida una especie de fortaleza de triple recinto, y en ella se aventuraron a esperar, no obstante el castigo impuesto a los prisioneros de Azángaro, que fueron quintados sobre el lugar de combate y pasados por las armas aquellos a quienes señaló la suerte con el número fatal. (García Camba, 1846, 154)

En sombrío informe dirigido al general Ramírez, el jefe realista Francisco de Paula Gonzales se jactaba que en Azángaro sus tropas cumplieron la orden que "no hiciesen prisioneros"; comunicó que continuaría hacia el pueblo de Asillo donde se congrega una resistencia patriota, y de allí se trasladaría a otros lugares que fueran necesarios, "hasta exterminar a esos malvados que por todas partes conmueven la tranquilidad y cometen horribles asesinatos" (Tamayo, 1984, pp. 373-374).

El 9 de junio de 1815, el coronel realista Gonzales atacó a los patriotas que obstinadamente se defendían en la posición fortificada en Asillo y una montaña aledaña; los realistas cargaron a la bayoneta hasta acabar con los alzados, ocasionándoles pérdidas de más de 1000 hombres. De allí, solo quedaba reducir al cura y jefe guerrillero Muñecas que conmocionaba los pueblos de Huancané y Larecaja a la otra orilla del lago Titicaca (García Camba, 1846, p. 154). La resistencia de este clérigo patriota continuó por espacio de un año hasta caer apresado y dispuesto su traslado a las casamatas del Callao; en el camino, cerca al Desaguadero, fue ejecutado en mayo de 1816.

El clero en la guerra: con el báculo y la espada

Hechos singulares en esta revolución que la historia debe un mayor reconocimiento, lo constituyen las acciones desempeñadas por el clero regular y secular del Cusco, quienes apoyaron decididamente el movimiento por la independencia, desde el púlpito hasta los campos de batalla; es decir, con el báculo y la espada.

Los miembros del clero regular y secular integraron las fuerzas revolucionarias ya sea como capellanes, asesores y hasta jefe militares, entre ellos participaron el ya nombrado Ildefonso de las Muñecas, Juan Angulo, el cura hermano de José, Vicente y Mariano Angulo, Francisco Carrascón, Juan de la Mata, José Díaz Feijoo, Juan Becerra, Eduardo Navarro, Jiménez Sahuaura, Antonio Valdez, Hermenegildo de la Vega y José Benito Concha, entre otros.

De este grupo de eclesiásticos, la figura descollante fue el anciano obispo del Cusco Don José Pérez y Armendáriz, quien desde su elevado cargo influyó decididamente en la causa libertaria, siendo colaborador de José Angulo, formulando con este el juramento del clero a favor de la patria o nombrando capellanes para las fuerzas militares a pedido de Pumacahua y otros jefes militares; más aún, el renombrado Obispo difundía permanentemente la afirmación que: "Dios sobre las cosas que protegía ponía una mano; pero que sobre el sistema del Cusco había puesto las dos" (CDIP, 1971, Vol. 6, p. 264; Hipólito Herrera, 1862, p. 225; Aparicio, 1974, p. 245).

La fe en la revolución se extendía a la población, por la acción de los clérigos que expresaban su apoyo a la causa de la revolución, mediante la celebración de misas, sermones y proclamas revolucionarias. Desde el inicio del movimiento, se distinguió el fervor patriota del Prebendado de la Catedral del Cusco, Dr. Francisco Carrascón y Solá, quien el 16 de agosto de 1814 redactó una vibrante proclama dirigida a sus "compatriotas del Bajo y Alto Perú", en la cual señalaba los derechos y libertad de los americanos donde el Cusco era el centro de un "vasto imperio Peruano que la omnipotencia lo ha elegido ya por suyo en una nación de mar a mar"; es decir, proclamaba por un Perú de dimensión continental, que abarcaría desde Buenos Aires hasta Lima, con el Cusco en posición central como un "punto del Angulo de su reunión [...] encadenados por una A, que signifique que de sol a sol es nuestro Imperio Peruano" (Aparicio, 1974, pp. 128-131).

Es más, el 8 de setiembre, Carrascón pronuncia un sermón en la Catedral del Cusco donde bendice las banderas de la patria, llevadas por

los valerosos peruanos, llamándolas "gloriosas insignias de nuestra libertad", así como, exhortando a sus compatriotas que se enlisten bajo esas "señeras banderas peruanas hasta morir por la justicia de la defensa de nuestra patria" (Aparicio, 1974, pp. 116-117).

Luego, el 27 de setiembre de 1814, salió en procesión pública la imagen de la Virgen de las Mercedes en el Cusco, proclamada patrona del ejército patriota, debidamente adornada de género azul y blanco, llevando en una mano la bandera de la revolución, en acto donde participaron las autoridades, las corporaciones de la ciudad y multitud del pueblo, en una fervorosa muestra religiosa-revolucionaria (Aparicio, 1974, pp. 140-141).

Debido a las acciones del clero a favor de la causa patriota, luego de debelada la revolución se aperturaron juicios en contra de los líderes eclesiásticos. Además, la Audiencia pidió la separación y reemplazo del renombrado obispo Pérez y Armendáriz y el provisor Hermenegildo de la Vega; así como de los clérigos revolucionarios.

Tal era la conmoción que ocasionó la participación del clero cuzqueño en la causa patriota, que la Real Audiencia del Cusco, con fecha 21 de abril de 1815 requirió a la corona una reforma de la corporación eclesiástica de la provincia, ya que la revolución solo pudo ser contenida por la fuerza militar, pero ello no era suficiente, ya que necesitaban disponer de un clero realista, considerado "la piedra angular" del sistema para la subordinación al rey (CDIP, 1971, Vol. 6, p. 169). En suma, pretendían asegurar la reconquista de la voluntad del pueblo que se mostraba abiertamente a favor de la causa patriota.

Los andes después de la guerra

Sobre la revolución en los Andes de 1814-1815, el temible líder militar de la contrarrevolución, el general realista Juan Ramírez, en su diario de guerra expresaba la grave situación que para el régimen de la corona había alcanzado la "revolución de esta América", hasta llegar a un punto de desaliento en el que "poco quedaba ya que perder"; es decir, el significado de esta guerra para los realistas fue mayúsculo, sintieron

temor y se puso en jaque el poder virreinal, ya que en ella se jugaba el destino de la península en América. En palabras de Ramírez, lo describió así:

> Levantada esta abiertamente en 3 de agosto de 1814; incorporada en el instante Puno; invadida, saqueada y destrozada La Paz; sorprendida Arequipa; revelada Huamanga; en conmoción Huancavelica; difundido por todas partes el espíritu de sedición; amenazada y exhausta Lima; poco quedaba ya que perder, y parecía que abandonado a si mismo el desventurado Perú, iba ciego a precipitarse en la temblorosa y desolada anarquía que, arrebatados de un loco furor, le preparaban sus mismos alucinantes hijos. [...]
>
> Era en verdad nuestra situación muy crítica y la más apurada en que hasta entonces nos habíamos visto. (CDIP, 1971, Vol. 6, p. 221)

La guerra iniciada en el Cusco culminó según las circunstancias antes expuestas, pero solo para ser una pausa en el camino de la lucha por la libertad, dando paso a un periodo de represalias realistas contra todos los patriotas que estuvieron involucrados en la revolución, ya sean soldados, civiles, clérigos o corporaciones y hasta pueblos enteros, puestas de manifiesto a través de juicios, ejecuciones, castigos, exacciones y demás puniciones.

En los años siguientes, no obstante, aplacada la revolución, la efervescencia por la independencia se mantuvo latente en el pueblo y siguió un curso irreversible en el tiempo. Así, en el testimonio del militar porteño Juan Isidro Quesada, decidido patriota que fuera prisionero en las casamatas del Callao, al visitar la zona sur del Alto y Bajo Perú en 1816, manifestó que "La mayor parte de estos pueblos eran patriotas" (Basadre, 1973, p. 141).

Por su parte, el general Pezuela en 1818, ya siendo virrey, dirige una carta al Ministro de Guerra de España, donde analizaba la expansión de la posición separatista de los pueblos como un hecho demasiado

propagado donde no podía contar con la fidelidad de los peruanos de las provincias, viéndose sin posibilidades para impedirlo y obligado a reorganizar sus unidades militares para una mejor defensa de su régimen; Pezuela lo refirió así: "[…] me veía reducido para resistirles y contener, sobre todo la explosión general que en tal caso amenaza fijamente la infidelidad, demasiado propagada en las provincias, me ofrecían de un modo imprescindible reconcentrar las fuerzas […]" (Rey de Castro, 2008, p. 242).

En suma, la llama de la independencia no pudo ser apagada con el declive de la revolución del Cusco, ese propósito libertario se mantuvo candente y se extendió en los pueblos del Perú, antes de la llegada de las fuerzas de San Martin, siendo fundamental para impulsar nuevamente la lucha con los vientos de guerra de 1821-1824.

Consideraciones finales

La revolución andina surgida desde el Cusco y propagada en corto tiempo por gran parte del sur del Perú virreinal durante el periodo 1814-1815, constituye una suma de eventos de carácter político, social y militar, de considerable significación en el proceso de la independencia nacional. En ese sentido, se presentan las siguientes consideraciones finales:

El movimiento del Cusco demostró la participación activa de los pueblos, desde su rechazo al despotismo, su lucha en las guerras de la revolución andina con su precario poder de masa y rudimentarios elementos de combate, hasta afrontar las atroces represalias individuales y colectivas, son constancia que la independencia lograda pocos años después, no es una causa que haya sido "impuesta" o "concedida" desde el extranjero, sino que fue duramente lograda en el tiempo con un enorme sacrificio de los propios peruanos.

Es más, a pesar de ser abatida la revolución de 1814-1815, si bien se debilitó el esfuerzo de los patriotas peruanos, la voluntad por la libertad se mantuvo vigente en los pueblos, para impulsarse solo unos años después, de tal manera que esta revolución constituyó un peldaño

indispensable en el esforzado camino por la independencia cuyo corolario se alcanzó en 1820-1824.

Con la acción política de la revolución se constituyó un gobierno autónomo, limitado e incipiente en el Cusco, el cual buscó ganar adhesiones políticas y militares, tanto en el interior del virreinato como con las provincias insurrectas del Río de la Plata, un intento de unir fuerzas por una causa común, sin lograr su cometido. No obstante, generó una conciencia de patria distinta a los españoles, surgió el imaginario de un gran "imperio del Perú", de contenido propio e integrador de la nación.

Con las acciones militares se forjó la génesis del futuro ejército republicano del Perú, con visión integradora del territorio y sociedad, defensor de las causas justas del pueblo, como su libertad. Este "ejército nacionalista", compuesto por criollos, mestizos, indígenas, soldados regulares, soldados milicianos, guerrilleros y el pueblo en masa, adoptó una doctrina militar mixta "oriunda-europea", que se optimizaría en los próximos ejércitos de la independencia.

La guerra en el sur andino dejó una evidente conclusión militar sobre el valor estratégico de los andes como columna a dominar para la libertad del Perú y donde se establecerían los campos de batalla decisivos en las guerras independentistas. Muy importante, además, es que su fracaso dejó la lección de la necesidad de contar con mayor capacidad militar para derrotar a los españoles. De esta guerra también emergió y sucumbió la primera generación de líderes militares mestizos, predecesora de la generación de Junín y Ayacucho.

Queda también como legado la importante conjunción eclesiástica-militar, formada para la propagación y apoyo de la guerra. Esta merece una mayor atención histórica. En su momento fue decisiva en este periodo tratado; sin embargo, no tuvo el mismo énfasis en el periodo siguiente de 1820-1824.

Finalmente, con el ocaso de la revolución del Cusco de 1814-1815 cayó también el gran proyecto de independencia forjado eminentemente por

fuerzas criollas, mestizas e indígenas, de base andina con el pueblo como figura principal en la historia. De haberse alcanzado el triunfo en Umachiri, se consolidaba la revolución con muchas posibilidades de alcanzar la libertad del Perú en 1815. Ello hubiera significado un Perú montado en los andes, constituido por fuerzas nacionales, con mayor certeza de consolidar su territorio y de gobierno netamente peruano.

En suma, esta revolución se convirtió en la gran oportunidad de alcanzar un "Perú integral", aquello que en palabras de Basadre (1973) representó la ocasión del "Perú nacional, sin interferencias desde afuera, y con una base mestiza, indígena, criolla y provinciana" (p. 146); por tanto, los hechos de este movimiento emergido en el Cusco, crecen en valor en su esencia social de integración peruana, que montada sobre el eje andino del territorio arraigó su voluntad autóctona de independencia, que se lograría en otro contexto pocos años después.

Referencias

- Aparicio Vega, Manuel (1974). El clero patriota en la revolución de 1814. Cusco: Multi-Impresos.

- Basadre Grohmann, Jorge (1973). El azar en la historia y sus límites. Con un apéndice: La serie de probabilidades dentro de la emancipación peruana. Lima: Ediciones P.L.V.

- Bonilla, Heraclio y Karen Spalding (1981) "La independencia en el Perú: las palabras y los hechos". En La independencia en el Perú. 2a. Ed. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

- Colección Documental de la Independencia del Perú [CDIP] (1971-74). Tomo III. Vols. 6, 7 y 8. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

- García Camba, Andrés (1846). Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú. Tomo I. Madrid: Sociedad Tipográfica de Hortelano y Compañía.

- Glave, Luis Miguel (2013). "Guerra, política y cultura en la génesis de la independencia andina, 1808-1815". En La Independencia del Perú ¿concedida, conseguida, concebida?. 1a Ed. 2015. Lima: IEP

- Guillén Guillén, Edmundo y Sánchez Ortiz, Guillermo (2001). "El Ejército y la lucha tricentenaria por la Independencia del Perú y América". En Compendio General de la Historia del Ejército del Perú. 3,000 años de Historia. Vol. I. Lima: CPHE.

- Hipólito Herrera, José (1862). El Álbum de Ayacucho. Colección de los principales documentos de la guerra de la independencia del Perú. Lima: A. Alfaro

- Mendiburu, Manuel de (1874-85-87). Diccionario histórico-biográfico del Perú. Tomos I, VI y VII. Lima: Imp. J. Francisco Solís e Imp. Bolognesi.

- Paniagua Corazao, Valentín (2003). Los orígenes del gobierno

representativo en el Perú. Las elecciones (1809-1826). Lima: PUCP - FCE.

- Rey de Castro Arena, Alejandro (2008). El pensamiento político y la formación de la nacionalidad peruana, 1780-1820. Lima: UNMSM

- Sobrevilla Natalia Perea (2013). Entre proclamas, actas y una capitulación: la independencia peruana vista en sus actos de fundación. University of Kent.

- Tamayo Herrera, José (1984). "La Revolución del Cusco de 1814 y la primera proclama de la independencia del Perú". En Historia General del Ejército Peruano. Tomo IV, El Ejército en la Independencia del Perú. Vol. 1, El Ejército: protagonista principal de la independencia del Perú. Lima: CPHEP.

- Walker, Charles F. (1999). De Túpac Amaru a Gamarra: Cusco y la formación del Perú Republicano 1780-1840. Cusco: CBC.

Grl Brig (R) Juan Urbano Revilla

Egresó de la Escuela Militar de Chorrillos, el 1 de enero de 1982, obteniendo el primer puesto del Arma de Ingeniería y el Diploma de Honor a la Mayor Calificación de Carácter Militar de la 86º Promoción "De los Héroes de San Juan y Miraflores". Es Master of Science in National Resource Strategy, por la National Defense University, Washington D.C., USA; con posgrado en el European Center for Security Studies "George C. Marshall" en Alemania y otros estudios castrenses en Canadá, China y Colombia. Ha sido Comandante General de la 22ª Brigada de Ingeniería en el VRAEM; ostenta todas las condecoraciones militares correspondientes a su rango, el Cintillo de la Pacificación Nacional y la Medalla Académica del Ejército en grado "Distinguido". Es Miembro de Número y Directivo del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú; integrante de la BSFI y Miembro Consultivo de la Asociación Bicentenario 2021. Coautor del libro "Historia del Arma de Ingeniería del Ejército del Perú"; publica textos de historia, en revistas del Perú y del extranjero. Además, es Ingeniero Civil en ejercicio, con Maestría en Administración y egresado del Doctorado en Ciencias Sociales con especialidad en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.